

Genaro y Rodolfo

Mampo Giardinelli

Hace casi diez años, en Buenos Aires, en el gremio de periodistas ya se oía hablar de una figura continental que luchaba por la sindicación de los periodistas libres. Sabíamos que desde 1960, aproximadamente, había un león peruano que, con sus achaques a cuestas, besaba por la dignificación de la profesión. Un hombre incorruptible, un afanoso incansante, un incansable imaginador de acciones que apoyaran sus objetivos, que eran los objetivos de todos los periodistas que queríamos — creemos — que la profesión de informar es una forma de militancia por la liberación latinoamericana.

Hace casi diez años, en Buenos Aires, los entonces jóvenes periodistas que hacíamos las primeras armas en el sindicalismo de prensa, sabíamos de otra figura continental que utilizaba la pluma en la filosofía, la política, la investigación histórica y el periodismo, en lo que Arturo Jauretche llamaba sus "trabajos racionales", pero nacional latinoamericano.

Carnero Checa y Puiggrós, tales sus nombres, se ganaron el respeto irrestricto por su consecuencia, su honestidad, su entrega invariable al esclarecimiento de los pueblos de América Latina, desde Tierra de Fuego hasta el río Grande.

Acaban de morir. Y nos dejan un legado en el que destellan valores infrecuentes como la pasión libertaria, el antimperialismo ineludible, la vocación americanista y la coherencia de sus vidas.

Hace algunos meses, en el Instituto de Nutrición, don Rodolfo, desde su lecho de enfermo, bromeaba con Genaro acerca de a cuál de los dos le tocaría primero el turno de "pasarse al otro lado". Paradójicamente, les tocó el mismo día, casi a la misma hora, en dos territorios americanos donde encontraron una libertad que sus respectivas patrias les negaban. Paradójicamente, esa libertad que no es una etapa de la vida, ni es una gracia de dios, que en todo caso es la enfermedad incurable de los libres, los volvió a hermanar, como antes en la Federación Latinoamericana de Periodistas, obra de Genaro, entusiastamente apoyada por Rodolfo.

Acaban de morir. Los dos queridos viejos del periodismo revolucionario latinoamericano. Un pulmón rebelde y un brinco de corazón — dicen — fueron las causas. Y debe ser cierto, porque estos dos grandes que producen este vacío jamás sintieron cansancio, a pesar de los años, de las cárceles, del exilio, de los contratiempos, esos menesteres cotidianos de los luchadores por la libertad de los pueblos.

Acaban de morir, pero no nos dejan solos. Porque nos queda una certeza. La de que en cada lucha de los periodistas, en cada conquista por la dignificación del gremio, en cada afirmación del periodismo militante latinoamericano, Genaro y Rodolfo, los viejos queridos, en la voz más alta de cada compañero, dirán: ¡Presente!

UNO MÁS UNO

Podría haber acumulado todos los prejuicios contra él, de no haber llegado a conocerlo más bien tarde. Era un intelectual peronista, contradicción que se me dificultaba digerir. Había renegado del Partido Comunista para sumarse a las huestes de aquel coronel oportunista que, hace pocos años y aquí en México, él mismo calificó de oportunista, con todas sus letras y razones. Lo poco a su favor que mi inflexibilidad le computaba era el abandono de aquel Partido Comunista regentado por ese capataz de Stalin que se llamó Vittorio Codovilla. Ahí sí, Puiggrós había acertado.

Lo conocí en México, en un coctel en la casa de algún agregado cultural en homenaje a algún escritor que había ganado algún premio en algún desinflado concurso literario. Antes que el hecho de ser los míos prejuicios y mitologías, creo que nos acercó la circunstancia, más trascendente, de encontrarnos juntos, braceando contra la corriente de intelectuales, políticos y amigos de la revolución, rumbo a un mesero que nos alejaba inmisericordemente el horizonte de una charola preñada de cubas. Lo alcanzamos. Nos presentó Ricardo Obregón Cano. Me cayó bien Puiggrós, no solamente porque nos comunicábamos en el mismo código ético, sino porque además, y como buen piloto de esas navegaciones, era un viejo entrañablemente humano, y porque más que un intelectual era, como decía otro viejo de su generación, un inteligente.

Aquella noche, Obregón — casi un abetario, el pobre —, pretendió hacer algunas reflexiones sobre la sed que provocaba la altura de la ciudad de México. Puiggrós le hizo notar en seguida que, al menos él y yo, no necesitábamos de excusas tan banales. Después lo fui encontrando casi a diario en una cafetería que funcionaba al lado de *El Día*, donde la falta de permiso para el expendio de bebidas alcohólicas nos resigna-

Rodolfo Puiggrós En su barco, hasta el final

Miguel Ángel Piccato

ba al americano o al *expres*. Hasta un día en que se me ocurrió pedir una *cuba* y me la sirvieron, para indignación de Puiggrós, que reclamó airadamente ante las autoridades del establecimiento por no haberle notificado el saludable cambio de costumbres, a él, que me llevaba algunos años de exilio.

Después dejó *El Día* y dejó de ir a la Casa Argentina, cuando comprendí que a los Montoneros no los soportaba en montón, apenas si individualmente y, con un apego más estricto a la verdad, altamente personalizados: Obregón, Puiggrós, y creo que paro de contar. A ninguno de los dos les gustó esa defección, pero así somos los argentinos.

Nos volvimos a ver mucho más tarde, sin aperezas, y lo vi por última vez en el Hospital de Nutrición, un día después que lo operaran, creo que del páncreas. Lo encontré fresco, lúcido, ocurrente, vital, cariñoso como siempre, alegre. Le estaban haciendo una diálisis (o cosa así): le metían un líquido por la vena del brazo y se lo sacaban por otra del abdomen, para que drenara la sangre y las impurezas de la operación. A cada rato una enfermera observaba cómo el líquido que caía en un frasco a los pies de la cama se iba aclarando. Cuando nos íbamos con Guillermo Beato me preguntó cómo estaba el líquido. — Claramente — le dije con segunda intención. — (No me

hable de eso!) — me retrucó. (Hace cuatro meses que no pruebo un trago!) (Espero de todo corazón que entre convalecencia y muerte haya podido probar algunos, todos los que mi afecto le pueda desear).

En los largos paréntesis entre nuestros encuentros y cuando ya Montoneros había empezado a desinflarse tan velozmente como se infló, tuve que escuchar cosas feas de él, dichas por gente que estubo a su lado cuando las cosas iban bien. Una de las más estúpidas y reiterativas era aquella — dicha con aires de perdoneidas — de que Puiggrós — y también Obregón — había perdido el tren de la política argentina, se había equivocado siguiendo fiel al montonismo, cuando la envergadura intelectual y política de ambos daba para mejores cosas. Me indignaba — me indigna todavía — que se dijera eso, no porque yo no pensara lo mismo — pienso lo mismo — sino por quienes lo decían, tipos que hasta ayer juraban por Firmenich y pensaban por la cabeza, mucho mejor dotada que la de ellos, de Puiggrós. Nunca hablé con él de estas cosas, porque sospechaba que le dolían mucho. Pero ahora que el viejo se murió — ¡un viejo como él, con el que siempre quedan cosas por conversar! — no parece ocioso poner los puntos sobre ese error, cierto o presunto. Estoy de acuerdo con lo que se dice de su equivocación — pongo mis equivocaciones en prenda —, pero quiero dejar por escrito que lo que en el fondo sus antiguos compañeros le reprochaban al viejo, como se lo reprochan a Obregón, era no haber abandonado el barco cuando empezó a escorar. Y lo que yo tengo que decir es que, equivocado o no, acertado o no, Puiggrós no abandonó ese barco — más allá del peso de sus convicciones — porque ese viejo nunca fue una rata. Hoy, que se ha muerto, celebren haberlo conocido, más bien tarde que nunca. ¡Salud!